

**CHOLITA
VOLADORA
MARCIANA**

*Patxi Irurzun
y Simonides*

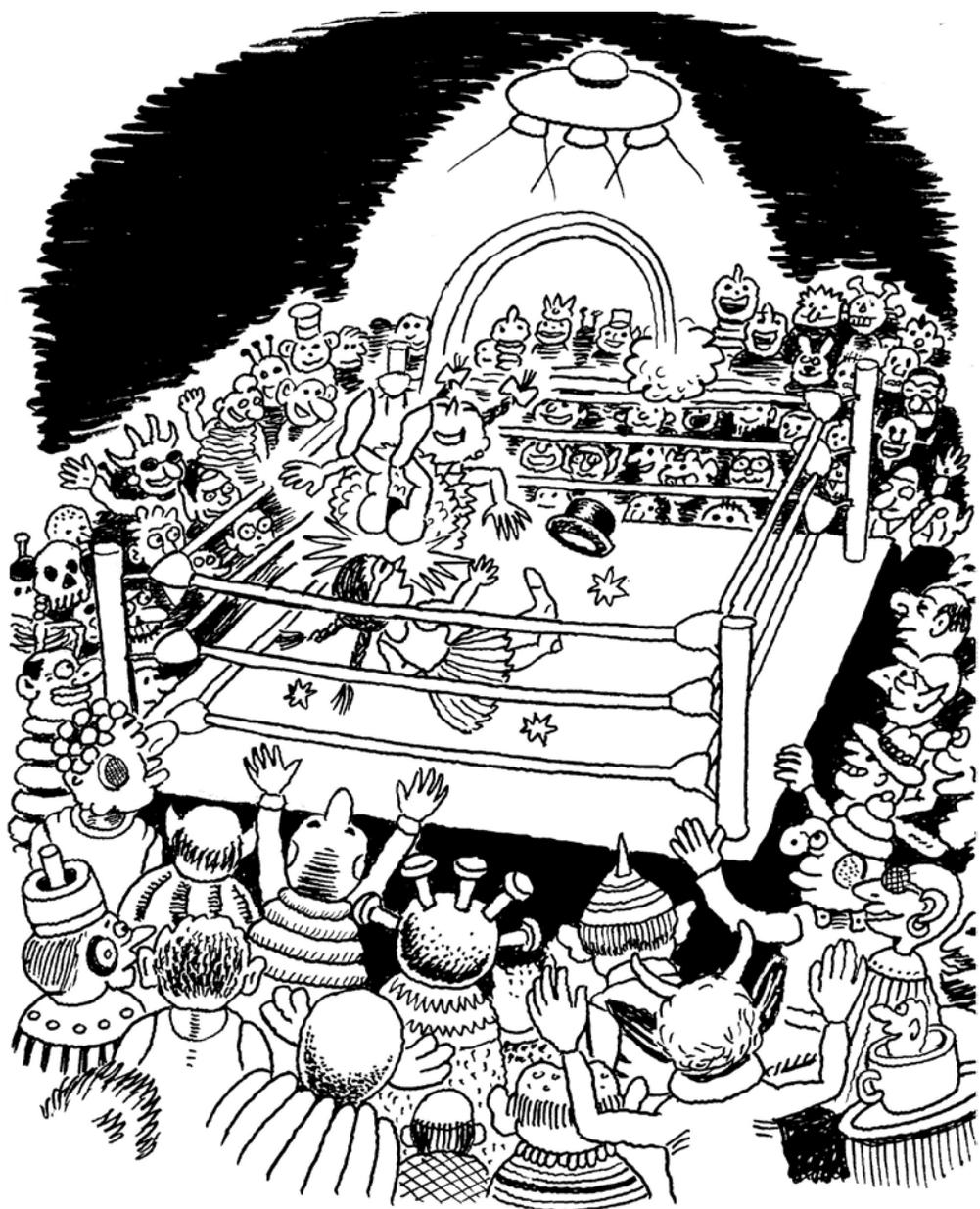
Para todos los tímidos,
para todos los marcianos de este mundo.



«Ignoramos nuestra verdadera estatura
hasta que nos ponemos en pie».

EMILY DICKINSON

**SAMY
LAMUY**



Siempre, excepto a la hora de escribir, he sido tímida, y eso ha determinado todo en mi vida, más incluso que el color verde de mi piel y los seis dedos de mi mano izquierda. Y solo quienes sean tímidxs, tímidxs de verdad, comprenderán de qué hablo.

Mi nombre es Samy Grourgrourg Mamani, también conocida, en los combates de cholitas voladoras, como Samy Lamuy.

Nací hace diecisiete años en Pamplona-Volkswagen y soy hija de un inmigrante raticuliniano de segunda generación y de una boliviana de tercera; lo cual, en una ciudad racista y alienófoba como la mía, es como no ser nadie. No pertenezco a este mundo, ni tampoco al de mis pamadres. Nunca he estado en el planeta Raticulín y nunca podré estar en Bolivia, que desapareció hace ya años, tragada por la Gran Sima Andina.

He pasado casi toda mi vida en Bolivia-Txikia, uno de esos suburbios —nunca mejor dicho— que se construyeron en la ciudad cuando esta comenzó a expandirse hacia abajo, hacia el centro de la tierra, o hacia el infierno, como decimos nosotrxs.

Bolivia-Txikia es el agujero al que fueron a parar la mayoría de lxs bolivianxs que comenzaron a llegar a Pamplona-Volskwagen a principios del siglo XXI, un paraíso en el que también tenía que haber alguien que, cuando se hicieran viejxs, limpiara los culos blancuchos y pendulones de adanes y evas, de josebas y nekanes.

Y les tocó a ellxs.

Ya no queda vivx casi ningunx de aquellxs pionerxs, pero sus hijxs y lxs hijxs de sus hijxs seguimos haciendo lo mismo: fregando suelos, desatascando letrinas de bares y frontones, escupiendo resentidxs en los *gin-tonics* y los platos de comida basura que preparamos y servimos a otrxs...

Para lxs europexs continuamos siendo panchitxs, poni-payxs, ponchxs, machupichus... Aunque ningunx de nosotrxs haya conocido nunca otra Bolivia que ese sórdido parque temático dentro del gran parque temático que es Pamplona-Volkswagen; esa Bolivia-Txikia que sobrevive edificada, como una descomunal casa de putas o como un enorme castillo de naipes marcados y manoseados, sobre tópicos: los combates de cholitas voladoras, lxs juntacositas y lxs vendedorxs de coca, las chicherías y lenocinios, los morideros...

Quizás solo haya algo peor en nuestra maldita Pamplona-Volkswagen que ser una panchita: ser una ratihumana, es decir, una mestiza de raticuliniano y humana. Yo lo tengo todo. Panchita y ratihumana. Y además tímida. Por eso escribo. Para compensar. Para, al menos en un rinconcito de mi atormentada existencia, proyectar un poco de luz y no sentir pudor ni tener miedo a nada ni a nadie. Ni siquiera a mí misma. Por eso escribo, además, así. Como si escupiera. Con la misma rabia que me trago mis palabras otras veces. Como, por ejemplo, la mañana que fui a poner la denuncia:



—¡Lo que nos faltaba, una marciana feminazi! —dijo el policía que me atendió.

Y yo, que no tuve el valor de enfrentarme a él, comprendí que no iban a mover un dedo para encontrar al pajillero que el día anterior, en el gimnasio, mientras me cambiaba tras el entrenamiento, cayó desde el falso techo del vestuario con un omnimóvil en una mano y la polla tiesa en la otra.



Me sonaba su cara. Era un hombre blanco, un pe-teuve, un Pamplonés de Toda la Vida, aunque llevaba puesto el mono de trabajo de una empresa de mantenimiento que solo podía ser boliviana.

Siempre me ha avergonzado esa manía que existe en Bolivia-Txikia por poner nombres machistas o supuestamente

chistosos a los negocios. Todas esas chicherías y cantinas llamadas Machu-Pintxo, Bar Simpson, Gilipollos... Aunque también es cierto que, por el contrario, los nombres de los morideros —igualmente conocidos como cementerios de elefantxs, los famosos antros a los cuales viene gente de todo el mundo y de otros planetas para matarse bebiendo— suelen ser extraña y fatalmente poéticos: La trompa final, Y en el último trago nos vamos, La Paz Eterna...

«Pepe el Melenas, el terror de las nenas», se leía, por su parte, en el mono que llevaba puesto aquel cerdo. Se veía a todas luces que era un disfraz y que con él se sentía incómodo, pues la ropa de trabajo le quedaba grande y la tela estaba rígida, sin adaptarse todavía a su cuerpo y sus movimientos. Eso, y que tenía la cremallera y los gayumbos bajados. Todo lo delataba, en fin, como un maniaco sexual, no como un empleado de mantenimiento. Y sin embargo, y a pesar del guarrazo —nunca mejor dicho— que se dio y que lo dejó durante unos segundos aturdido y despatarrado, yo me quedé paralizada.

—Podías haberle hecho alguna llave —me digo, ahora.

